

En la carta que Ricardo Flores Magón me escribió a Guadalajara me decía que me acercara al licenciado Roque Estrada, joven abogado que vivía en dicha ciudad y sustentaba ideas liberales, pudiendo por ello orientarme para sortear la situación en que me encontraba. Ocurrió a ver al licenciado Estrada, pero resultó que se había ausentado de Guadalajara, encontrándose en la ciudad de México. En la misma casa donde vivió el licenciado Estrada, se me informó que éste tenía un hermano de nombre Enrique que hacía sus estudios en el Liceo. Ocurrió a ver a Enrique, quien tenía su domicilio en una casa de asistencia y me encontré con un joven que cifraría en los veinte años, de trato afable y de ideas francamente liberales. Con frecuencia lo visitaba para cambiar impresiones.

En el periódico "La Libertad" de don Francisco L. Navarro encontré acogida y estuve colaborando en ese diario algún tiempo, hasta que la policía de México tuvo noticia de que me hallaba en Guadalajara y fui exhortado por el Inspector de ella que lo era Félix Díaz. En Guadalajara había hecho amistad con el señor Antonio Ortiz Gordo, director de "El Correo de Jalisco", y fué él quien me informó que había sabido por el jefe político, coronel España, de quien era muy amigo, que se trataba de aprehenderme, y así fué como pude ponerme a salvo aprovechando la circunstancia de que era yo desconocido de la policía y me dirigí a esta capital con-

siderando que siendo aquí una especie de bosque de casas, bien podía seguir burlando a mis perseguidores.

En Guadalajara me sirvió de mucho el señor Ignacio L. Verduzco, fallecido ya, a quien me dirigí desde luego porque figuraba en la lista de los miembros del Partido Liberal comprometidos a organizar el movimiento revolucionario de 1906. Verduzco se dedicaba al comercio y me refirió que había sido denunciado, pero que el coronel Ahumada, gobernador del Estado, lo llamó a su presencia y le hizo una reconvencción para que no lo obligara a mandarlo capturar y consignarlo al Juez de Distrito. El proceder del gobernador Ahumada contrastaba con el de otros funcionarios que ponían el mayor empeño en aprehender a los desafectos al régimen porfirista. La actitud del gobernador Ahumada fué similar a la que conmigo tuvo el extinto licenciado Mario Molina, quien siendo presidente municipal de Veracruz en funciones de Jefe Político por ausencia de éste, fué aprehendido por la policía que había sorprendido a Alfonso Barrera Peniche exhibiendo una carta de algún miembro de la Junta Organizadora del Partido Liberal, en que se le indicaba que se pusiera de acuerdo conmigo en lo referente a actividades de carácter revolucionario. El licenciado Mario Molina no me consignó entonces al Juez de Distrito, no obstante que yo le había dirigido en el periódico "La Voz de Lerdo" algunas censuras respecto a sus funciones oficiales.

De vuelta a México, estuve viviendo algún tiempo con los estudiantes Carlos F. Portillo y Jesús Aguirre Beltrán en una casa de asistencia que se encontraba en el tercer piso de un edificio en la entonces calle de Chiconautla. En esa misma casa se hallaba oculto el célebre licenciado Nicolás Zúñiga y Miranda, diz que perseguido por sus actividades políticas. Como el mayor tiempo lo pasábamos él y yo en dicha casa, nuestras pláticas se prolongaban hasta avanzada la noche y pude darme cuenta de la idiosincracia y las extravagancias del eterno candidato a la Presidencia de la República. Eran tan regocijadas aquellas pláticas, que el encierro forzado me fué hasta cierto punto leve. Podría yo decir muchas cosas del licenciado Zúñiga y Miranda que no se han escrito por quienes se han ocupado de aquel estrafalario personaje.

La señora Silvinia Rembao de Trejo, de Chihuahua, miembro del Partido Liberal Mexicano me puso en contacto por correspondencia con la señora Carlota Antuna de Borrego, quien publicaba en esta capital un pequeño periódico intitulado "El Campo Libre" que hacía oposición al gobierno del general Díaz. Quiero recordar en estas líneas a aquellas valerosas mujeres que se enfrentaban al régimen dictatorial, verdaderas luchadoras cuya vida y actuación no se conocen por la presente generación. En la redacción del semanario de doña Carlota Antuna de Borrego, conocí a la viril escritora Dolores Jiménez y Muro, a una jovencita Herminia Garza, que también escribía y a quien no he vuelto a ver ni a saber de ella, a la después artista Mimí Derba, y a la madre de ésta, la señora Pérez de León, que escribía para la publicación oposicionista. También conocí a Leonardo R. Pardo que colaboraba en distintos periódicos de combate y editó el periódico de caricaturas "La Muela del Juicio", y que contaba con numerosas entradas a la cárcel de Belén, siendo autor de la chispeante a la vez que emocionante obrita "La Cárcel por Dentro"; al escritor guatemalteco Edin Guillén, al hoy general J. D. Ramírez Garrido que entonces era estudiante; al músico y compositor Abundio Martínez y al decano de los cómicos mexicanos Antonio Reynoso. También concurría a esas reuniones el licenciado Zúñiga y Miranda. La mayor parte de los nombrados ya no existe. ¡Cómo que de esto hace casi cincuenta años!

\* \* \*

Como decimos en el capítulo anterior, en 1908 nos vimos aquí en México con Hilario C. Salas en la redacción del periódico "La Voz de Juárez" de don Paulino Martínez, en el que yo colaboraba. Salas, después del movimiento de Acayucan que encabezó, no pudo ser capturado por los federales y se vino a México, donde permaneció de incógnito, haciendo gestiones para obtener la necesaria cooperación de revolucionarios que obraban de acuerdo con la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, para que el nuevo movimiento que se preparaba en Acayucan por Cándido D. Padua, como su segundo, no fracasara. Después nos reuníamos en la redacción de "Juan Panadero", periódico en el que también colaboraba yo, y supe por él de las pláticas de Padua con Santana Rodríguez

Palafox (Santanón); pues Salas se encontraba en constante comunicación con Padua por medio de cartas en clave.

Salas se ausentó de la capital en viaje de propaganda incógnita hacia los Estados de Tlaxcala y Puebla y no volvimos a vernos sino hasta en la Penitenciaría del Distrito Federal, como ya dije, pues tanto él como yo, fuimos al fin capturados.

El pacto entre Padua y Santanón para que éste ingresara al movimiento que se preparaba nuevamente, se firmó en un punto inmediato a la ciudad de Acayucan el 19 de julio de 1910. En la entrevista celebrada, Santanón dijo a Padua, que no tenía compromisos con nadie y que era perseguido tenazmente por las fuerzas del gobierno, teniendo que defenderse adquiriendo recursos para él y los suyos como podía. Padua le hizo ver los compromisos que él sí tenía con la Junta Organizadora del Partido Liberal, informándole que estaba en vísperas de estallar un movimiento general para derrocar el régimen porfirista; lo puso al tanto de todos los detalles concernientes y conforme se los iba exponiendo Santana daba muestras de agrado, entusiasmándolo notablemente la lectura que dió Padua a los documentos de la Junta. El pacto fué puesto en conocimiento de la Junta por Padua, habiendo recibido de la misma, dos nombramientos para Santana Rodríguez; uno de comandante militar y otro de delegado especial.

Mientras esto sucedía, Hilario C. Salas, que era el principal jefe rebelde en el Estado de Veracruz y especialmente en la sierra acayuqueña y regiones circunvecinas, y quien a la sazón se encontraba en Puebla haciendo propaganda en favor del Partido Liberal, escribía de dicha ciudad a Padua, el 27 de julio, entre otras cosas lo siguiente: "Como usted sabe, soy el único responsable en el movimiento de la sierra de Sotepan en 1906; estoy comprometido a velar por el porvenir de los que se han ofrecido; así es que no me intereso solamente porque vuelva a haber levantamiento, sino por la manera de no fracasar, o que no se nos deje solos; al efecto, voy a ver si resuelven los de la huasteca veracruzana, secundarnos en el Estado...."

En vista de los preparativos que había en el país para derrocar el régimen porfirista, uno de los primeros puntos que trataron Pa-

dua y Santanón, en el campamento de Soteapan, fué el de conseguir armas a todo trance. Ideando un proyecto para el caso se encontraban los dos jefes rebeldes, cuando llegó a las manos de Padua un ejemplar del periódico "El Imparcial", en el que se daba la noticia de que el poeta Salvador Díaz Mirón había tenido un encuentro con Santanón en determinado lugar. La falsa versión la celebraron en el campamento los rebeldes con risas y bromas; el mismo Santana no pudo contener la gana de reír.

Díaz Mirón no pudo tener encuentro alguno con Santana Rodríguez, por la sencilla razón de que siempre lo vió "a distancia telescópica". El poeta al frente de los rurales que le proporcionó el gobierno, no llegó más que hasta el punto denominado "El Burro" hoy "Rodríguez Clara" sobre la línea del Ferrocarril del Istmo, y a la población de San Juan Evangelista. Aquí fué atacado de una enfermedad propia de la región y hubo de dirigirse a Tlacotalpan para regresar a la ciudad de Veracruz. Todos los que conocen la región sur veracruzana, saben que de los lugares mencionados se hacían entonces que no había carreteras, varios días de camino, para llegar a la sierra de Soteapan.

Por eso resulta una conseja la versión de que Santana Rodríguez, cuando abandonaba un poblado a donde el poeta Díaz Mirón llegaría poco después en su persecución, dejábale una caja de puros de los que era empedernido fumador el poeta, con la siguiente dedicatoria:

"El bandido Santanón  
al poeta Díaz Mirón".

La verdad es que la campaña de Díaz Mirón contra Santanón, sólo fué hecha en los periódicos de esta capital.